

LA SITUACIÓN SUDAMERICANA: LOS OBJETIVOS DE AUTONOMÍA Y LOS DILEMAS DE LA DEMOCRACIA

Autor: Dr. Oscar A. Mendoza¹

Introducción

En escaso tiempo la situación política y el clima ideológico de América del Sur cambiaron dramáticamente. El neoliberalismo perdió su atributo de paradigma dominante de organización socioeconómica, mientras que la autonomía, al conjuro de un fuerte impulso antinorteamericano, comenzó a ser percibida por muchos como una herramienta básica para alcanzar ambiciosos objetivos regionales.

Sin duda, los devastadores efectos sociales producidos por las políticas inspiradas en el Consenso de Washington se encuentran entre las principales causas de este cambio de rumbo, también frecuentemente vinculado a la idea del *giro a la izquierda* que acusa la mayoría de los gobiernos actuales. No obstante - según nuestra opinión - dicha tendencia cobija un conjunto heterogéneo de procesos nacionales que no favorecería ineludiblemente la necesaria concertación política para contrarrestar la presencia de la potencia hegemónica, como tampoco el trazado de una estrategia activa de reinserción conjunta en el sistema internacional.

A partir de esta hipótesis, en este artículo se analiza la situación política de América del Sur y su vinculación con el desarrollo de los procesos de integración y cooperación vigentes, tomando como puntos de referencia el estado de los regímenes democráticos y las diferentes estrategias de inserción instrumentadas por los respectivos gobiernos.

La situación política sudamericana a comienzos de Siglo

Cabe aclarar que la razón por la cual se adopta como unidad de análisis a Sudamérica y no a toda América Latina se funda en la evidencia empírica que México, América

Central y el Caribe forman parte del perímetro inmediato de seguridad de Estados Unidos, espacio en el que imperan intereses y percepciones diferentes al resto de la región y dentro del cual toda política contestataria encuentra excepcionales obstáculos.²

Por el contrario, en América del Sur, aún cuando permanezca como ámbito de influencia de EE.UU., los márgenes de maniobra disponibles muestran una mayor amplitud, aprovechada por algunos gobiernos para oponerse a los designios estadounidenses y buscar alternativas heterodoxas para solucionar sus problemas, actitud que numerosos observadores interpretan como un nuevo impulso de liberación regional.

Sin embargo, se advierte con facilidad que más allá de las coincidencias retóricas y la necesidad imperiosa de resolver problemas similares, nos enfrentamos a un grupo de gobiernos caracterizado por una llamativa divergencia en el discurso político, en la postura respecto al proceso de globalización y en la interpretación de las instituciones democráticas y sus reglas de juego. En realidad, la única preocupación común es el lugar central que se le otorga a la política social y la búsqueda de un modelo económico que no sólo produzca crecimiento, sino también resultados capaces de mitigar los males heredados.³

Por consiguiente, no resulta demasiado temerario reiterar que aquella imagen del *giro a la izquierda* de América Latina cobija una vasta pluralidad política, en uno de cuyos extremos, el supuestamente más revolucionario, se ubica la Revolución Bolivariana de Venezuela, acompañada por el indescifrable socialismo indigenista de Evo Morales y el

¹ El autor es Doctor en Relaciones Internacionales y docente – investigador de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de San Juan

² Históricamente es sobre esta región donde Washington ha utilizado con frecuencia su poder militar, anexo territorios y dispuesto numerosas intervenciones clandestinas de la CIA. Además, en el plano económico, durante las últimas décadas EE.UU. obtuvo la celebración de importantes acuerdos como el NAFTA y otros más recientes con América Central y los estados isleños del Caribe.

³ Paramio, Ludolfo, "Giro a la izquierda y regreso del populismo", en Revista *Nueva Sociedad*, Num. 205, 2006, p.65

flamante gobierno de Rafael Correas. Sin compartir tales características, en el otro frente de esta misma izquierda, se aprecia la madurez institucional y el prestigio de la democracia chilena y en cierta medida también la fortaleza del actual gobierno uruguayo, ambos impulsores de un socialismo ajustado a sus esquemas de inserción global y respetuosos de las normas democráticas. A su modo, el gobierno de Lula en Brasil compartiría una posición similar, aunque restringido por los problemas de corrupción que afectan su legitimidad y su innegable alejamiento de las metas iniciales propuestas por el PT. En el centro de este abanico, se encontraría el gobierno de Néstor Kirchner, desarrollando un programa económico de corte neodesarrollista, al cual acompaña con una retórica antiimperialista, que en el terreno de hechos concretos roza algunos intereses europeos pero sin contrariar las directrices globales de Washington.

En un escenario tan diverso, la concertación política y la coordinación económica, imprescindibles para la formulación de políticas comunes, se complican demasiado, en particular por las diferentes visiones estratégicas imperantes, las cuales provocan conflictos intraregionales y hasta la fragmentación del espacio sudamericano, según intentaremos mostrar en el próximo apartado.

Las limitaciones subregionales

Al practicar una mirada crítica sobre la realidad sudamericana es posible identificar un alto grado de fragmentación. En primer término, ello ocurre con los países andinos, quienes buscan salvar a un proceso de integración que languidece luego de casi cuatro décadas de existencia. Chávez retiró a su país de la Comunidad Andina de Naciones, dado que no admite integrarse con países que estén comercialmente comprometidos con EE.UU. Inconveniente al que se suma la tensa relación existente entre Venezuela y Colombia, en especial por ser este último país la principal excepción del mencionado

giro a la izquierda y sobre el cual convergen las más peligrosas doctrinas norteamericanas de seguridad continental.

En suma, los problemas de gobernabilidad y el peligro de segregaciones territoriales que surgen del narcotráfico, la guerrilla, el crimen organizado y los conflictos étnicos, conviven en este ámbito andino junto a las intenciones aún no descartadas de suscribir acuerdos comerciales y recibir mayor asistencia militar de Washington⁴, conformando así una situación compleja y contradictoria.

Por su parte, Chile persiste en el desarrollo su exitosa experiencia económica y política, desplegando una estrategia comercial radial, que le permite contar con socios tan importantes como EE.UU., la UE, el Mercosur, China y los países del Pacífico (APEC). No obstante, en contradicción con su divulgada imagen de *estado comercial*⁵, el gobierno chileno mantiene un alto grado de militarización en sus fronteras con Perú y Bolivia, reflejo de una rivalidad histórica no superada. Evento al que se agrega la discordia ocurrida entre Argentina y Chile por el suministro de gas. Cerca de allí, entre Bolivia y Paraguay han resurgido las hipótesis de conflicto con motivo de la colaboración que en el área de la seguridad este último país le dispensa a EE.UU.

Luego nos encontramos con el Mercosur, sorprendentemente deteriorado, a causa de la impotencia de Brasil y Argentina para acordar un proyecto productivo común⁶, superador de la perspectiva neoliberal y desde el cual se pueda dar respuesta a la insatisfacción manifestada por los socios menores del acuerdo. Asimismo se destaca el

⁴ Los TLC de EE.UU. con Perú y Ecuador podrían cancelarse aunque no se descarta la posibilidad que Colombia suscriba un acuerdo de este tipo, afanosamente buscado por el presidente George Bush

⁵ La caracterización de estado comercial utilizada corresponde al modelo teórico propuesto por R. Rosecrance en su libro *La expansión del Estado Comercial*, Madrid, Alianza Editorial, 1987

⁶ Otro problema surgido entre ambos países, importante pero menos divulgado, consiste en sus diferentes propuestas respecto a la reforma del Consejo de Seguridad de la ONU y la aspiración brasileña a transformarse en miembro permanente de este organismo.

conflicto por las papeleras entre Argentina y Uruguay, que amenaza con retrotraer al Cono Sur a épocas que suponíamos superadas.

A su turno, el gobierno de Lula está construyendo una indisimulable alianza con EE.UU., que tuvo su expresión más contundente en los acuerdos sobre biocombustibles celebrados en marzo pasado. Asimismo, la pérdida relativa de interés por el Mercosur pareciera confirmarse al constar que Brasil, cuya economía aporta el 70% de PBI agregado del bloque, destina el 90% de sus exportaciones a mercados de extrazona.

Las relaciones de Brasil con los gobiernos de Bolivia y Venezuela también se complicaron en los últimos años, a tal punto que el presidente Lula ha rechazado explícitamente el discurso y las prácticas de ambos, reprochándole al presidente venezolano la contradicción en que incurre al apoyar acciones desestabilizadoras en Bolivia, afectando los intereses de Petrobrás, y a la vez apoyar la integración del Mercosur. Además, al conocerse los planes de nacionalización de E. Morales de dos destilerías brasileñas ubicadas en Bolivia, durante la Cumbre Energética de Caracas (abril-2007) Lula amenazó con retirar todas las inversiones de Brasil en ese país y aconsejar a otros estados que hagan lo propio.

Mientras tanto, Venezuela se encuentra en proceso de incorporación al Mercosur, aunque con la clara intención de dotarlo de un nuevo formato, que incorpore mecanismos avanzados de integración. Con tal propósito, aprovechando la extraordinaria renta petrolera que dispone, Chávez acompaña sus propuestas con una generosa contribución en términos de infraestructura, comercio, abastecimiento energético y ayuda financiera. Cooperación que cobrará una real importancia estratégica sólo en la medida que sus socios acuerden cómo reinsertarse en la economía mundial y construyan una visión compartida acerca del orden internacional. Sin embargo, en esta instancia poco se ha avanzado, a tal punto que por ahora la única

coincidencia importante registrada entre los socios mayores del Mercosur es haber clausurado la etapa dominada por la visión neoliberal y estar en la búsqueda de una nueva forma de gestionar la integración.

Pero es en el capítulo de las relaciones externas donde adquieren especial relevancia las divergencias regionales. Su punto neurálgico lo constituye la denominada Revolución Bolivariana, cuyos objetivos sobrepasan todo esquema de integración, debido a que su viabilidad pareciera demandar inexorablemente la radicalización de sus nuevos socios.

En tal sentido, el presidente venezolano se muestra convencido de los beneficios de confrontar abiertamente con EE.UU. apoyándose en la construcción de extravagantes alianzas, a las cuales imagina capaces de acumular el poder suficiente para neutralizar la influencia norteamericana, por eso ha pactado sendos acuerdos estratégicos con Cuba, China y la Revolución Iraní. Incluso consistente con su estrategia diplomática, en la esfera de la defensa Chávez pretende la formación de una fuerza armada común, que lo preserve de cualquier agresión externa, en vista de lo cual está empeñado en una frenética carrera armamentista.⁷ Tal iniciativa tiene un impacto regional negativo, generando más temor que entusiasmo en aquellos países que no la comparten (como Colombia, Chile o Uruguay, entre otros), quienes podrían optar por resguardarse de sus consecuencias plegándose a las políticas de seguridad de Washington.

Por otra parte, difícilmente el proyecto chavista pueda prosperar si desconoce el peso natural de Brasil en el Cono Sur, cuyo gobierno propone articular políticas comunes en el marco de la Comunidad Sudamericana de Naciones y no en esquemas abiertamente contestatarios como el ALBA.⁸

⁷ Shifter, M. "En búsqueda de Hugo Chávez", en Revista *Foreign Affairs* En español, julio-setiembre 2006, p.26

⁸ Se trata de la Alternativa Bolivariana para las Américas surgida en oposición al ALCA y que en su primera instancia asocia a Venezuela, Cuba y Bolivia.

Ante tantas divergencias y a los efectos de ponderar su peso, cabe incursionar en las constricciones y oportunidades que ofrece el contexto externo, principalmente el estado las relaciones hemisféricas

Las condiciones externas para una asociación sudamericana

En esta dimensión, la posibilidad de conformar una asociación estratégica subcontinental que mejore la autonomía de sus miembros, encuentra varios obstáculos pero también oportunidades de concreción. Al respecto, conviene reiterar que aun después de finalizada la Guerra Fría, América Latina ha quedado como un área de influencia de EE.UU., condición basada en una asimetría de poder extrema que le permite a la potencia hegemónica incidir decisivamente en el modo de vinculación y en la determinación de la agenda regional. Cualquier confrontación que desconozca esta realidad puede conducir a elevar en exceso el costo de dicho desafío, por eso la necesidad de precisar los límites que la actual situación concede.

Adviértase que luego del 11-S, el gobierno de George W. Bush dejó definitivamente de lado el propósito de construir un orden basado en las premisas del pensamiento liberal sustituyéndolo por otro basado en una hegemonía de rasgos imperiales⁹ Al servicio de tal objetivo, EE.UU. hoy alienta una política de primacía que impone la *securitización* de la agenda regional. Surge así la prioridad otorgada a la lucha contra el terrorismo, la no-proliferación y sus presuntos vínculos con los *estados fallidos*, siempre en detrimento de los temas que más preocupan a América Latina.¹⁰

9 Ikemberry, John, *Alter Victory: Institutions Strategic Restraint and the Rebuilding of Order After Major Wars*, Princeton University Press, 2001, p.214

¹⁰ Tulchin, Joseph, "Creando una comunidad de seguridad en el hemisferio", en Tulchin, J. Benítez Manaut, R. y Diamint, R. (ed.) *EL ROMPECABEZAS. Conformando la seguridad hemisférica en el Siglo XXI*, Buenos Aires, Prometeo – Bononiae Libris, 2006, p.110

Pero aún en este escenario, los países sudamericanos tienen la posibilidad de buscar caminos de autonomía conducentes a un mayor desarrollo económico con equidad.¹¹ En este sentido conviene no perder de vista que las preocupaciones centrales de Washington se encuentran alejadas de esta parte de América, la cual no ocupa un lugar destacado en la agenda global. Las únicas excepciones serían Colombia y en alguna medida Venezuela, como también, aunque no comprobado fehacientemente, la emergencia de un nuevo tipo de populismo.¹²

Por ende, la depreciación de la importancia estratégica latinoamericana, paradójicamente, quizás otorgue una mayor flexibilidad para el tratamiento de los problemas económicos máxime cuando las recomendaciones del FMI y del Banco Mundial han perdido credibilidad y se ha derrumbado el discurso que proponía un camino garantizado de crecimiento para los países periféricos.

Por otro lado, el virtual fracaso de la Doctrina Bush en Medio Oriente, sumado a la cambiante situación política interna de EE.UU., producida por el triunfo demócrata en las últimas elecciones legislativas, pareciera fortalecer nuestra presunción acerca de la disponibilidad de mayores los márgenes de maniobra para los países de América del Sur.

De cualquier manera, se estima que el aprovechamiento de mayores grados de autonomía de manera creativa y propositiva, exige estrategias diplomáticas más sofisticadas que aquellas basadas en el clásico dilema alineación - confrontación, que

¹¹ En este trabajo adoptamos el concepto de *autonomía relacional*, entendida como la capacidad de decisión y disposición de los Estados para tomar decisiones con otros en forma independiente y controlar conjuntamente procesos que se desenvuelven más allá de sus fronteras, atributo que no podría adquirirse por medio de políticas nacionales de aislamiento, autarquía o confrontación (Russell, Roberto y Tokatlán, Juan G. "De la autonomía antagónica a la autonomía relacional: una mirada teórica desde el Cono Sur" en *Revista Posdata* N° 7, Buenos Aires, 2001)

¹² En declaraciones recientes el responsable de las relaciones con América Latina de EE.UU., T.Shannon, afirmó que existe una tendencia a exagerar la influencia de Chávez en América Latina, que el centro de la atención debe estar puesta en la lucha contra la pobreza, la

hoy prevalece no sólo en las manifestaciones populares sino también en numerosas instancias diplomáticas por las que incursionan las políticas exteriores sudamericanas. La clave no pasaría por confrontar gratuitamente, sino más bien en operar sobre la base de un consenso realista que favorezca el desarrollo equilibrado de las sociedades latinoamericanas y mejore su capacidad de negociación externa.

Si esto es así, no cabe duda que la puesta en marcha de mecanismos efectivos de concertación política y coordinación económica se visualizan como las herramientas más aconsejables para mejorar la autonomía regional o subregional. Aunque por cierto su puesta en funcionamiento requiere determinadas condiciones, entre otras, la de compartir valores como la democracia y la protección de los derechos humanos; evitar conflictos vecinales; contar con un grado importante de diversificación en las relaciones externas; y participar de manera activa en las instituciones multilaterales existentes. Además, es imprescindible poseer un nivel de gobernabilidad interna razonable, que le permita a los gobiernos conducir su política exterior de manera consistente a mediano y largo plazo¹³, cuestión que nos conduce a revisar el estado de la democracia en los principales países de la región

Autonomía, democracia y populismo

Aún cuando la democracia latinoamericana muestre una aceptable continuidad, se impone reconocer que desde hace algún tiempo ha sido afectada por procesos erosivos que comprometen su calidad institucional. Así, a pesar de la celebración periódica de elecciones competitivas, en varios países la división de poderes no funciona cabalmente, las legislaturas actúan de manera errática y los partidos políticos tienden a ser cada vez menos representativos.

desigualdad y la falta de instituciones democráticas sólidas (Diario El País, España, 7 de Febrero de 2006)

¹³ Russell, Roberto y Tokatlian, Juan G. "Argentina, Brasil y Estados Unidos: el desafío de una esfera de cooperación", en *Revista Agenda Internacional*, Año 1, N° 2, set-nov. 2004

No cabe duda que el aumento de la pobreza, la inequidad y la exclusión social trajeron como consecuencia una indeseable interpelación a la democracia, en cuanto a sus presuntas responsabilidades y capacidad para resolver aquellos males. El escepticismo ciudadano resultante discurrió por dos caminos igualmente preocupantes. En primer lugar, se expresó mediante la remoción reiterada de presidentes legítimamente elegidos y sustituidos "constitucionalmente, fenómeno que algunas corrientes interpretativas le asignan el carácter de un "golpismo encubierto" sin militares.¹⁴ En segundo término, la democracia representativa devino en una nueva versión de populismo, cuyos ejemplos más notorios los ofrecen Venezuela y Bolivia.

Al respecto, no obstante ser conscientes de estar incursionando en un tema polémico y de correr el riesgo de simplificar un concepto controvertido y desprovisto de una elaboración teórica sistemática, se estimó necesario intentar una breve interpretación del fenómeno populista, visto desde la cuestión de la autonomía y el *giro a la izquierda*

En este orden, del mismo modo que en las experiencias del Siglo XX¹⁵, consideramos que el nuevo populismo se nutre de la presencia de amplios sectores de la sociedad que se encuentran excluidos económicamente y carecen de alternativas políticas creíbles que atiendan sus necesidades, dado que los partidos políticos se debaten en una profunda crisis de representación. Situación claramente configurada en Venezuela, Bolivia, Ecuador, Paraguay e incluso en Argentina, más allá de sus naturales singularidades.

La consecuencia inmediata de esta debilidad institucional ha sido la aparición de líderes que intentan ubicarse por encima de las instituciones, manejándose con un discurso maniqueo que opone el *pueblo* a la *oligarquía*, utilizando este criterio para acusar a la

¹⁴ Para una mayor ilustración sobre el tema véase Bosoer, Fabián, "Crisis o salvataje?", en G.Alberti, E. Llenderrozas y J. Pinto (comp.), *Instituciones, democracia e integración regional en el Mercosur*, Buenos Aires, Prometeo – Bononiae Libris, 2006, p.245

¹⁵ Gino Germani y Torcuato Di Tella, desde un enfoque estructural-funcionalista, conciben a los movimientos populistas como directamente ligados con una fase del desarrollo de las

elite anterior y a los partidos políticos opositores como traidores de los intereses populares y presentarse ellos mismos como portadores de esos intereses. En virtud de ello, demandan remover todo obstáculo que les impida tomar las medidas necesarias para solucionar los gravísimos problemas heredados, incluso aquellos controles de naturaleza institucional.¹⁶

Por este camino, se configura discursivamente un estado de excepción que justifica la acumulación de poderes extraordinarios y la permanencia indefinida del líder en la presidencia, única forma para salir del estado de postración en que encuentra el país. Además, al contar con un contexto internacional de bonanza económica, se obtienen los recursos necesarios para la práctica de políticas clientelares, de efecto inmediato pero obstructores de la alternativa de proyectar la construcción de una ciudadanía plena. Haciendo abstracción del contenido diverso de las políticas practicadas, este tipo de liderazgo, al menos por su lógica, permite afirmar que los casos de Menem y Fujimori (presidentes de mercado) no presentan diferencias notables con los de Chávez o Morales (líderes antiimperialistas carentes de organicidad ideológica). En ambos ejemplos, la ciudadanía no discute ni propone, sólo sigue a su líder que piensa por ella, configurándose así una suerte de gobierno que G. O'Donnell tipificó como *democracia delegativa*, desarrollada sobre la premisa del que gana una elección presidencial está facultado a gobernar como le parezca conveniente.¹⁷ La racionalidad del mercado en los primeros y la que emerge de la dramática urgencia de atender reclamos sociales en los segundos, operan como legitimadores de la pretensión de decidir sin los requisitos y frenos que exige una democracia representativa.

sociedades, aquella que tiene lugar desde el paso de la sociedad tradicional a la industrial, interpretación no utilizada en este trabajo.

¹⁶ Paranio, L., op. cit., p.65

¹⁷ O'Donnell, Guillermo, ¿*Democracias Delegativas?*, Cuadernos del CLAEH, Num.61, Montevideo, Segunda Serie, Año 17, 1992, p 10-12

Lamentablemente pareciera una evidencia histórica que operando de este modo el populismo genera polarizaciones inevitables en el orden interno, las cuales bien pueden proyectarse hacia fuera, en la medida que se acompañan con un nacionalismo agresivo y un discurso antiimperialista que provoca más temores que adhesiones y que incluso puede estimular intervenciones indirectas por parte de la potencia hegemónica.

Desde un panorama así la consecuencia inevitable de esta lógica política es el autoritarismo, el cual difícilmente permita la formulación de políticas de estado convergentes en un proyecto regional coherente y sustentable a mediano y largo plazo.

A modo de conclusiones

En primer lugar, se estima haber demostrado que la región continúa fracturada, por distintas y similares razones de las que históricamente la dividieron, al tiempo que los protagonistas *del giro a la izquierda* no demuestran ser lo suficientemente coherentes como para superarla. Incluso sus estrategias de inserción externa expuestas, muestran notables diferencias según sean las visiones que cada gobierno tenga del sistema internacional y del estado de las relaciones hemisféricas. Está claro que entre Bachelet y Morales, a pesar del rótulo de izquierda que ambos mandatarios comparten, los separa una distancia metodológica de gobierno formidable.

Sin embargo ello no implica afirmar que sólo desde la homogeneidad ideológica pueda avanzarse hacia objetivos regionales compartidos, simplemente se advierte que, en un escenario fragmentado, se impone la concertación, precedida por un amplio debate acerca de del concepto mismo de la autonomía o de cualquier otro objetivo que se pretenda alcanzar a través de un esfuerzo conjunto. Tal vez la principal dificultad radique en que aún entre los participantes del nuevo clima ideológico no se encuentre un concepto unívoco de autonomía, dado que está claro que para algunos es condición

previa para el desarrollo, mientras que para otros es la consecuencia de un esfuerzo estratégico exitoso de inserción global.

Al no haberse atendido la necesidad de reconciliar estas visiones, las divergencias intraregionales afloran espontáneamente y la capacidad colectiva de negociación externa pierde sustento. En esta cuestión reside la dificultad de conciliar democracia, integración y autonomía, en particular ante la existencia de gobiernos atravesados por visiones ideológicas irreductibles. Es justamente por ello que alertamos respecto al deterioro de la democracia y el surgimiento de liderazgos populistas, no con la intención de imponer un criterio normativo sino la de señalar la necesidad de remover los obstáculos que entorpecen la concertación política, requisito imprescindible para los países sudamericanos funcionar y ser reconocidos como un real actor internacional.

También decimos que la radicalidad ideológica se erige en una amenaza para la calidad institucional de los gobiernos, mientras que en orden externo provoca innecesarias turbulencias regionales, las cuales, para algunos observadores, hasta estimularían potenciales intervenciones encubiertas de la potencia hegemónica. Aunque esta última conjetura no podría confirmarse en este momento, puesto que en el gobierno norteamericano parece prevalecer la percepción que los Chávez, los Morales y sus aliados, son el resultado de procesos históricos y endógenos específicos, poco asimilables entre sí.

Sin perjuicio de ello, la ausencia de una efectiva concertación que concilie las diferentes percepciones que sustentan las políticas sudamericanas, en ocasiones genera insalvables contradicciones, como la de exigir la democratización de los organismos internacionales y denunciar el inconsulto y coercitivo ejercicio del poder por parte de EE.UU., cuando simultáneamente en el orden interno y en el ámbito regional se impone la intolerancia y el unilateralismo. Por ejemplo, al ingresar al Mercosur, Hugo Chávez advirtió que si

alguno de sus miembros deseaba celebrar un TLC con EE.UU., primero debería retirarse de aquel. Dejando de lado los contenidos, la semejanza con George Bush es sorprendente: *o se está con nosotros o en contra nuestra*.

Además, según el cuadro de situación presentado, se estima imprescindible poner en perspectiva el real significado del Mercosur y el activo político que contiene, pues se trata no sólo de un área de preferencias comerciales sino de una instancia de integración cuyos socios han superado centenarias hipótesis de conflicto, transformándola en una zona de paz, que además cuenta con mecanismos propios de protección a la democracia. Estimamos que dentro de estos límites deberán operar los protagonistas del *giro a la izquierda*, sin olvidar que el Mercosur fue posible gracias a la recuperación democrática de los países que lo integran.

Por último, se considera necesario dejar planteada la interrogante acerca de si el populismo es verdaderamente una construcción política de la izquierda democrática o simplemente una respuesta autoritaria al espanto causado por el pasado reciente.